

Augusto Monterroso Pájaros de Hispanoamérica

Alfaguara, Madrid, 2002

Socorro Venegas ✓

Escasas como han sido las incursiones de los escritores latinoamericanos en el género autobiográfico, resulta notable la aparición reciente de *Pájaros de Hispanoamérica*, de Augusto Monterroso, un conjunto de relatos que dan testimonio de las amistades y afinidades del autor con personajes como Julio Cortázar, Ernesto Cardenal, Luis Cardoza y Aragón, Alfredo Bryce Echenique, entre muchos otros escritores hispanoamericanos, a excepción de Abel Quezada, incluido también.

Advierte Monterroso en el prólogo que los textos reunidos en *Pájaros* "no son retratos; ni siquiera bocetos o apuntes, sino tan sólo el trazo de ciertas huellas que algunos pájaros que me interesan han dejado en la tierra, en la arena y en el aire, y que yo he recogido y he tratado de preservar". Fiel a esta idea, Monterroso atrapa con su pluma los dibujos de las plumas de singularísimas aves; no se aboca a las jornadas enteras de ninguna, sólo consigue instantáneas realmente memorables y que forman parte de la bitácora de vuelo del propio narrador guatemalteco.

Como apunta en su prólogo, se trata de rescatar ciertos trazos de personajes, seguramente los más atractivos para el autor, y que consigna en el índice, donde describe el oficio de cada personaje tratado. Por ejemplo Ernesto Cardenal, poeta; Manuel Scorza, novelista; pero también Juan Rulfo, fantasmólogo; Carlos Illescas, palindromista; Jorge Luis Borges, cabalista; José Durand, manatíólogo; César Vallejo, moridor.

Muchos de estos textos ya habían sido publicados en otros medios. La

reunión ahora de estos pájaros en un libro es una polifonía feliz. Las anécdotas y memorias que aquí se presentan nos acercan, a través del discurso anecdótico, a los protagonistas de la literatura hispanoamericana, pero sobre todo a las simpatías y afectos de Tito Monterroso. Es entrañable el texto que dedica a la memoria de Julio Cortázar (en el índice señalado como mago). Resultan un homenaje las páginas dedicadas a Ernesto Cardenal, a Rubén Bonifaz Nuño, donde Monterroso entrega al lector una clave: "En mi libro *Lo demás es silencio* figura un personaje que mientras habla lo hace con una espada en la mano, dando saltos hacia atrás y pasos hacia adelante y colocando la punta de esa espada entre los ojos de su interlocutor, en posición de estocada de Nevers. Esa imagen es un homenaje a Bonifaz Nuño".

Como es natural, en los recuerdos que Monterroso privilegia en *Pájaros de Hispanoamérica* hay tanto de él mismo como de los pájaros a los que alude. El apartado dedicado a Borges comienza con la confesión de que al descubrirlo le chocó. Cuenta más adelante la evolución de ese primer encuentro, que desemboca en una gran admiración: "Debemos a Borges el habernos devuelto, a través de sus viajes por el inglés y el alemán, la fe en las posibilidades del ineludible español". Y en una lista se consignan, a decir de Monterroso, las posibles consecuencias para los lectores del encuentro con Borges, maléficas y benéficas; por citar un par: "Pasar a su lado sin darse cuenta (maléfica)". Y: "Descubrir que uno es tonto y que hasta ese momento no se le había ocurrido una idea que más o menos valiera la pena (benéfica)".

El volumen lo cierra la mirada del autor de *Pájaros de Hispanoamérica*

sobre sí mismo: Augusto Monterroso, ornitólogo. Dedicar, con tono entre humorístico, resignado e indignado, esas líneas al asunto de su "exigua estatura". Al respecto, es bueno traer a cuento lo escrito por el peruano Alfredo Bryce Echenique en su espléndido libro *Vivir para contarla (antimemorias)*, donde el mismo Monterroso se convierte en materia memorable. Cuenta Bryce Echenique:

"El escritor guatemalteco Augusto Monterroso es tan chiquito pero tan chiquito, que de él dicen sus amigos, en México, que no le cabe la menor duda. La frase, creo, es del extraordinario escritor e historiador peruano José Durand, hoy en día profesor de la Universidad de Berkeley pero que hace muchos años residió en México y entabló amistad con el tamaño pequeño y la estatura gigante de Augusto Tito Monterroso, pues en México vive exiliado desde hace muchos años el escritor más chiquito que mis ojos hayan podido ver". Refiriéndose al tamañazo de su amigo José Durand, e interrogado a menudo sobre estos asuntos de estatura y peso, responde Monterroso:

—Pues a Durand me lo paso por alto. ☺

Peter Burke

Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico

Teófilo de Lozoya (trad.) Crítica (Letras de humanidad), Barcelona, 2001, 287 págs.

Isaac García Venegas ✓

Parafraseando al historiador Eric Hobsbawm, tal vez se podría afirmar que el siglo XX fue, además de masivo, el siglo de las imágenes. Con la fotografía, el cine y la televisión, éstas adquirieron una preponderancia quizá inimaginable anteriormente. Por esta razón, en la década de los ochenta del siglo pasado los historiadores

comenzaron a utilizarlas como testimonios indispensables para estudiar aquellos temas sobre los que la palabra escrita guardaba (y guarda) un molesto silencio. Después de todo, desde las pinturas rupestres hasta las actuales cascadas vertiginosas de la red, la imagen ha estado presente con menor o mayor intensidad en la historia de la humanidad.

Sin embargo, la imagen lo es todo menos inocente, pues esencialmente se trata de una "mirada". Estar consciente de ello es fundamental si el historiador no quiere tejer su comprensión del pasado sobre plataformas erróneas o pantanosas interpretaciones. Toda mirada está hecha desde una atalaya que se erige sobre realidades concretas y singulares. La mirada "ve" la realidad desde un lugar y tiempo específicos: no la refleja ni la retrata, la interpreta y, sólo entonces, procede a plasmarla. Así pues, como en un juego de espejos, lo que el historiador analiza en las imágenes es la mirada de quien "ve" la realidad de una u otra manera. O en otras palabras, lo que analiza es una mirada que al mirar se mira a sí misma, aun cuando no sea plenamente consciente de ello. Y es precisamente aquí donde se halla la importancia de las imágenes como "vestigios" del pasado.

Visto y no visto tiene el tino de no ser un manual, sino un texto que hace énfasis en las dificultades y riesgos latentes que se hallan en el uso de la imagen como documento histórico. Lo más sencillo para quien desde hace tiempo es reconocido en el ámbito académico mundial, habría sido dictar recetas aderezadas con erudición. Si bien esta última se encuentra en todo momento presente, lo interesante es el tono reflexivo y meditabundo que tiene este libro, y sobre todo, las constantes llamadas de alerta en torno al uso de la imagen, cuyo planteamiento Burke resume en esta frase: "Es preciso utilizar las imágenes con cuidado, incluso

con tino —lo mismo que cualquier otro tipo de fuente— para darse cuenta de su fragilidad".

Pero el libro de Burke tiene otra característica fundamental: es una toma de posición frente al debate —en ocasiones muy parecido a un diálogo de sordos— entre quienes ven en las imágenes simplemente un "reflejo" de una determinada realidad social y los que, por el contrario, las conciben como un mero sistema de signos carentes de relación con la realidad social. Burke pugna por una "tercera vía" (término en realidad muy poco adecuado, sobre todo por las connotaciones políticas a las que inmediatamente remite) en la que, en vez "de calificar las imágenes de fiables o no fiables", se interese "por los grados o modos de fiabilidad o por la fiabilidad con diversos propósitos". En pocas palabras, pugna por una historia cultural de las imágenes, quizá el mejor modo de corregir los errores e insuficiencias de los métodos iconográfico e iconológico. ☞

César Arístides

Duelos y alabanzas

IPN, México, 2002

Andrés Ramírez ✓

Cuando conocí a César Arístides, él escribía *Duelos y alabanzas*. No lo sabía entonces, pero ahora, después de haberlo leído, me doy cuenta. Fue hace más de diez años, y éramos otros.

No recuerdo cómo ni dónde fue que nos encontramos. Supongo que en mi trabajo, o en algún aburrido coctel con vino barato. Pero mi memoria no da para tanto, y aunque siempre he dudado de ella, no tengo otro órgano interno en el cual confiar.

César escribía poesía, me lo dijo desde el principio. Yo también, habré dicho. A partir de entonces ese lazo nos unió: algunas lecturas, dos o tres

pláticas, recomendaciones. Y también, hay que ser claros, la música nos acercaba, y en especial los desordenados Rolling Stones. Un trago llevó al otro, y las historias se fueron formando a base de esquinzos, caídas fortuitas, desdobles asombrosos y soliloquios apenas audibles.

Con *Duelos y alabanzas* recupero al César que conocí entonces, y con él me recupero un poco a mí. Vago por sus páginas, atrapo una línea, frases encerradas en distintos poemas:

Tu cuerpo será el pan del miedo.
Sapos insomnes.
El buitre que dormita.
Nuestra parábola es un acertijo loco.
Un desbaratado místico cura mis
[zapatos.

y descubro ráfagas luminosas que encienden la obra. Son brasas que guían, brotes misteriosos que revelan el poema.

Reposo después de haberme sumergido en el libro, de pasear por esa inmensa galería de imágenes que de César ha brotado. Siempre me asombró la seguridad de Arístides para nombrar las cosas. Hay un conocimiento profundo, irrefutable. Ése es uno de sus secretos: ha bajado hasta el fondo del pozo para recoger estas imágenes, estas certezas.

Duelos y alabanzas está lleno de aquéllas. Vemos a nuestro personaje vagar por la ciudad, añorando el paraíso perdido, pero gozando del infierno. Con culpa, sí, pero gozando, a pesar de sí mismo. Siempre viendo el abismo que esquivo, que elude temporalmente. Observando, abriendo los ojos ante la maravilla y el engaño. Debatendo, enterrando, soñando.

Quizá me equivoque, pero la poética de *Duelos y alabanzas* está basada en un conocimiento profundo. Los poemas son vívidos, intensos, recargados. Perfilan al autor, echan luz